**La consistencia de lo imaginario en la clínica actual**

Mayra de Hanze

con la participación de:

Gabriel Roel, Mariángeles Morana, María Isabel Uribe, Piedad de Spurrier y Mónica Febres Cordero de Espinel.

Lo imaginario tiene participación fundamental dando consistencia en la constitución subjetiva, mediante la operación de un aparato que tiene como función drenar goce, como modelo identificatorio y constitutivo del yo. El estadio del espejo, como aparato que regula el goce, nos permite percibir que hay un goce que se presenta anterior al júbilo por la imagen que devuelve el espejo, del cuerpo fragmentado, este júbilo es por la buena forma de la imagen y hay que distinguir del cuerpo que se goza por fuera del espejo.

El júbilo del espejo es un tiempo segundo, del cuerpo primero que se goza de sí mismo. Hay que decir que el estadio del espejo es un límite imaginario al goce.

El estadio del espejo funciona como un operador visual, aislando la imagen, confiriéndole unidad visual y significante. En la clínica constatamos que la imagen es una inevitable modalidad del fantasma. (1)

La tópica de la imagen está articulada a la lógica fálica, mientras que la existencia de un cuerpo encarna otros efectos.

De ahí que a nivel de la clínica se presenten síntomas que no precisan ser descifrados, síntomas en relación directa a una compactación con el cuerpo, en los que se inaugura un acontecimiento de cuerpo más no de palabra.

Un cuerpo sin imagen es una condición trazada por Joyce, distinta al cuerpo schreberiano, desbordado por la imagen narcisista.

Se va configurando entonces que la imagen especular es funcionalmente esencial en el hombre, en tanto le brinda el complemento ortopédico de la insuficiencia nativa, del desconcierto, o desacuerdo constitutivo, vinculados a la prematuración del nacimiento. Su unificación nunca será completa porque se hace precisamente por una vía alienante, bajo la forma de una imagen ajena, que constituye una función psíquica original. La tensión agresiva de ese, yo o el otro, está integrada absolutamente a todo tipo de funcionamiento imaginario en el hombre.

El comportamiento humano nunca se reduce pura y simplemente a la relación imaginaria. La hiancia de la relación imaginaria exige algo que mantenga relación, función y distancia.

El complejo de Edipo significa que la relación imaginaria, incestuosa en sí misma, está destinada al conflicto y a la ruina. Para que el ser humano pueda establecer la relación más natural, la del macho a la hembra, es necesario que intervenga un tercero, que sea la imagen de algo logrado, el modelo de una armonía. Hace falta una ley, una cadena, un orden simbólico, la intervención del orden de la palabra, es decir del padre. El orden que impide la colisión y el estallido de la situación en su conjunto.

El orden simbólico debe ser concebido como algo superpuesto, y sin lo cual no habría vida animal posible para ese sujeto estrambótico que es el hombre. (2)

En Lacan hay un primer efecto del goce que es imaginario, su punto de partida fue el estadio del espejo, no retenía del cuerpo más que la forma imaginaria, la imagen; por consiguiente, una vez más, en su escrito acerca de Schreber, en sus esquemas, el goce viene a quedar calificado de imaginario y se lo supone destinado a obedecer con precisión al próximo desplazamiento de lo simbólico.

Pero hay en la enseñanza de Lacan, el redescubrimiento del hecho que el cuerpo tiene un estatuto que no se agota en lo imaginario, en la forma, en la visión del cuerpo. (3)

Lacan reúne en lo imaginario, lo que establece como inventario del depósito de imágenes prevalentes que juegan un rol para el sujeto, respecto de las cuales era corriente suponer que algunas de ellas resultasen inaccesibles a la consciencia.

Por consiguiente lo específico del fantasma es, en este punto, una conexión, una interpenetración especial de lo simbólico y de lo imaginario.

La perspectiva tomada por Lacan nos permite distinguir que una y otra, se componen de elementos que dependen de órdenes diferentes. Es importante poder distinguir lo que puede revelarnos una cura psicoanalítica, entre lo que releva de imaginario y lo que reenvía a lo simbólico. Mediante una percepción entrenada del fantasma se distingue lo que está presente del significante y lo que está presente como tesoro imaginario. Lo hace tanto bajo la graduación de lo simbólico, a título de sujeto barrado, como bajo la graduación de lo imaginario, la del objeto a, escritura de la cual Lacan se servirá a lo largo de toda su enseñanza, hasta llegar al último tramo, momento en el que liquida toda construcción, incluidos esos elementos.

El sujeto barrado relevo de lo simbólico, fue construido por Lacan a partir de la noción de negación: lo construyó como vacío, negación de la substancia e incluso como negación del ser y por eso mismo, a ese título, prometido a identificarse. A diferencia de él, el objeto a, encierra en su paréntesis todas las formas imaginarias que pueden cautivar el interés del sujeto en lo que respecta al deseo, desde su propia imagen en el espejo- una suerte de encarnación de su narcisismo- y a partir de ella todo lo que sea imagen. Es preciso decir que las fronteras al respecto son imprecisas, en la medida que van tan lejos como las de aquello que la filosofía clásica llamaba representación.

En su acepción más amplia el imaginario abarca todo cuanto es representación.

Lo imaginario tiene, en efecto, la amplitud de la representación. No faltan argumentos para acordarle al goce un estatuto imaginario y precisamente la imagen del cuerpo- el cuerpo en tanto encuentra su soporte en la representación- es la fuente principal, es el objeto de satisfacción, de contemplación, objeto de una extrema complacencia donde se da a conocer precisamente que allí está el goce.

Se trata de algo que resulta perfectamente claro cuando Lacan aborda el caso Schreber; el goce se despliega allí como imaginario. Schreber feminizado y rodeado de objetos supuestamente femeninos, es una idea que constituye la fuente activa de la satisfacción más extrema para él, que ya se anunció en el fantasma bajo una forma muy pura: Que hermoso sería ser una mujer… La exaltación de lo bello está allí para sostener la referencia del goce al imaginario. Hay que insistir que el goce imaginario es exaltante, estético y permite movilizar todo cuanto es obra de arte.

Al final de su enseñanza Lacan restituye su dignidad a lo imaginario, el nudo borromeo ilustra que los tres registros son pares. Entonces, al inicio está lo imaginario y al final ha repensado, reformulado, el yo freudiano a partir de la relación del sujeto, pero de un sujeto que es un individuo, que es un sujeto dentro de un cuerpo, hay que decir, de este sujeto con la imagen especular.

El estadio del espejo ilustra los poderes de la imagen, tanto de la imagen de sí mismo como de la imagen del otro.

El objeto a, antes de referirse al objeto a como real, designó en su elaboración el objeto imaginario.

La teoría del estadio del espejo se fundamenta en una tesis sobre la transformación del sujeto, sobre lo que otros llaman cambio psíquico. Esta tesis formula que lo que transforma al sujeto es fundamentalmente la asunción de una imagen, se trata de un tipo muy preciso de imagen, de una forma que tiene pregnancia y la imagen en el estadio del espejo es la forma del cuerpo, en nuestra consideración teórica a partir de Lacan el cuerpo es una forma. No solamente se trata de la forma del cuerpo, sino de que el cuerpo como distinto del organismo no es un real biológico sino una forma. Eso implicaría desde el inicio de la enseñanza de Lacan que el cuerpo es imaginario. Y finalmente, en el último momento de su enseñanza, formulará que lo imaginario es el cuerpo. Pero eso ya está preparado desde el estadio del espejo.

De tal manera que decir que el cuerpo es una forma, que el cuerpo es imaginario, que lo imaginario es el cuerpo, tiene una importancia en cuanto al goce, el goce es impensable sin cuerpo, solamente a un cuerpo le está dado gozar o no gozar.

Este goce está ubicado muy al inicio en Schreber (1953), como goce narcisista de su imagen y antes, en el texto de su tesis del estadio del espejo, en 1948 cuando habla del júbilo del sujeto, es decir, del sujeto que se regocija de su relación con la imagen especular.

El goce en cuanto asociado al cuerpo, está vinculado a lo imaginario, tenemos siempre presente que Freud descubrió el fantasma primero en la dimensión de lo imaginario y encontramos en la experiencia analítica esas imágenes inolvidables que no se pueden borrar, esas imágenes que parecen contener el goce, que lo detienen, que encarcelan el goce del sujeto, lo imaginario y el goce, que implica el goce en lo imaginario. (4)

El pasaje de la imagen que se ve a la imagen que vela por la entrada de la palabra y el lenguaje, hacen de lo imaginario algo que no se puede ver, a partir de allí la imagen muestra para esconder.

Hay entonces una consistencia imaginaria como primera envoltura del goce, la captura del goce perdido, mítico, pasa por lo imaginario.

Al final de la enseñanza de Lacan, lo imaginario se retoma como cuerpo, ya no es imagen como forma perceptible o imagen velo, ahora lo imaginario consiste como cuerpo.

Dirá: “Me di cuenta que consistir quería decir que había que hablar de cuerpo, que hay un cuerpo de lo imaginario, un cuerpo de lo simbólico, que es la lengua, y un cuerpo de lo real del que no se sabe cómo sale, concierne a algo que estaría en el interior de cada uno, de cada uno de los que hacen multitud y que, por este hecho, creen ser una unidad”. (5)

A partir de ello, los tres términos que enmarcan la reflexión en su última enseñanza, es la del agujero, la ex – sistencia, y la consistencia, que son asignados de manera diferencial a cada uno de los redondeles de cuerda del nudo borromeo al mismo tiempo que están presente en cada redondel una vez descompuesto el nudo en sus tres elementos. El agujero caracteriza exclusivamente a lo simbólico, la ex – sistencia es el rasgo de lo real y en la consistencia reconocemos lo imaginario. (6)

En el seminario 23, elige la consistencia como lo opuesto a la función del sujeto barrado, que es una función variable en esencia, la consistencia mínima en el nudo borromeo no es el nudo mismo, la consistencia mínima está a nivel de lo que él llama el elemento cuerda, la simple cuerda. Aquí encontramos el Uno. El Uno que hasta ese momento Lacan había encontrado en el significante, aparece en el elemento cuerda, de tal suerte que el nudo ya parece ser una construcción con respecto a ese elemento.

Entonces, desde esta perspectiva lo que despeja como consistencia de un ser que no es sujeto sino parletre, es el cuerpo.

Del cuerpo Lacan dice entre otras cosas que es la única consistencia del parletre, es lo que lo mantiene unido. Esto significa que lo simbólico no da al parletre su mantenerse unido en la medida en que, si bien lo simbólico se mantiene unido como estructura, no mantiene unido al parletre. Esta consistencia es imaginaria, sin duda, y aquí se pueden retomar los hechos de observación y de deducción concernientes al estadio del espejo.

La consistencia ahora se basa en una relación del parletre con su cuerpo. La relación que Lacan perdió a nivel sexual, reaparece en el nivel corporal.

Joyce sirve de ejemplo de un “hay una relación corporal”, y del “tener un cuerpo, sin tener imagen”.

Del sinthome de Joyce se desprenden dos tesis:

La adoración del cuerpo propio, referida a la mentalidad.

El pensamiento por el contrario entraña una referencia al acto sexual, esto significa que el pensamiento introduce la adoración del otro cuerpo.

Lacan aísla como primaria la relación del parletre con su cuerpo propio, ahí está implicado lo imaginario, y luego establece la distinción entre esa relación primaria y la relación con el cuerpo otro, en la que hay pensamiento, sentido y referencia a la relación sexual. (7)

Cuando el Otro no existe, hay de lo Uno, ello implica un cambio de axiomática que radicaliza el estatuto del goce como experiencia del cuerpo (el Uno) Ahora el cuerpo es algo que se goza, y ese goce no es como el objeto a, es decir, producto de la articulación significante, que depende de la existencia del Otro.

Por otro lado la separación entre síntoma e inconsciente que Lacan introduce en RSI indica que el síntoma consiste salvajemente el Uno por medio de una letra, esta escritura es salvaje porque no está determinada por el significante. Si el significante amo conmemora una irrupción de goce, entre él y la letra escrita por el síntoma, no existe relación universal no necesaria, sino empalme universal y contingente. Una vez conformado el síntoma de este modo, el mismo no cesa de escribirse, y así lo inicialmente contingente se torna necesario.

Por otro lado, el estatuto del síntoma entendido como acontecimiento del cuerpo significa mucho más que la mera constatación de que no hay síntoma sin cuerpo. Al ser acontecimiento, el síntoma se define como un real contingente y singular, dado que no hay acontecimiento que sea necesario ni universal. Además, el cuerpo, que es la sede de este acontecimiento, no solo debe ser gozable, sino también capaz de recibir como letra la marca escrita salvajemente por el síntoma. Este cuerpo, es, por tanto, literable. Estos dos neologismos, gozable y literable, señalan las notas principales del nuevo estatuto del cuerpo, dependiente de la definición del síntoma como acontecimiento real, contingente y singular.

A nivel de la clínica en el síntoma encontramos la relación entre un significante y la letra que lo escribe, el único modo de cambiar algo en el síntoma consiste en conmover dicha relación, es decir, lograr que ese significante se escriba de otro modo, o bien romperlo, pone al equívoco como arma contra el síntoma, en la medida que el equívoco es la incidencia fragmentadora que sobre el significante ejerce la función de la letra, haciendo resonar en el cuerpo el equívoco.

Es preciso entonces que el cuerpo tenga un nuevo estatuto para que el equívoco consuene y resuene, es preciso que el cuerpo sea sensible a ello y esto solo es posible si el cuerpo en cuestión es gozable y literable.

Desacoplar síntoma e inconsciente, indica que el síntoma ex – siste al inconsciente, ex – sistencia significa precisamente desacoplamiento. De este modo el síntoma escribe el Uno en la carne, incesante y salvajemente, así toca, mediante la letra, lo real. (8)

Suele ocurrir que en la clínica analítica podemos oír algo de ello.

Stela, mujer de 36 años, ha estado en consulta cerca de 8 años, tiempo que le ha permitido ir levantando las finas capas del puerro, no sin poner el cuerpo como instrumento de batalla, la alusión a la metáfora alimenticia no es gratuita, el tiempo requerido para plantear y bordear un secreto paterno, la lleva a encarnar una figura visiblemente voluminosa, constituyendo una queja permanente de ella a la analista y del esposo a ella.

El trabajo analítico la hace producir una frase onírica pronunciada por la madre, ya muerta hace algunos años: “jamás te perdonaré”. Ante la pregunta de la analista, ¿quién dice eso? Se introduce la condición del estrago materno, imposible de elaborar y que se evade con un embarazo, embarazo que no llega a término, se presenta después de un tiempo para mostrar las fotos de lo que iba a ser el bebé, capturadas en su BlackBerry. Una intervención que cubre la pantalla e invita a hablar, trae como efecto la instalación de un periodo de fibromialgias, dolores intensos por todo el cuerpo, medicaciones fallidas, informes de múltiples exámenes y otro diagnóstico, “lupus” a lo que se responde ¡¿loba?!

Ausencia y retorno. Dirá, ¿será que no quería tener al bebe?...

La vida de esta mujer está subida en incontables cuadros fotográficos, a los que dedica gran parte de su tiempo, armados preciosamente en un sector de su casa acompañándolos con la expresión, una imagen vale más que mil palabras.

Ejercicio que permite crear y recrear al padre que no estuvo, la madre que no está, olvidando lo que de mujer puede haber en ella.

Una segunda viñeta da cuenta cómo interviene el cuerpo del analista, quien no sólo paga con ese juicio íntimo al que se refiere Lacan en “La dirección de la cura y los principios de su poder”, para juzgar en qué casos interviene contra el síntoma y en otros en silencio y con respeto, elige dejar intacta la solución de quien acude.

Así, en la primera entrevista M, dice: Me frustra que las cosas no salgan como yo quiero, que mis amigos no jueguen lo que yo quiero, que no me obedezcan. Según sus padres no soporta lo imprevisto, le cuesta mucho trabajo conciliar el sueño, para lo que padre y madre se turnan noche tras noche en relevos hasta que logra dormirse. En el colegio los maestros no saben qué hacer cuando si se equivoca en una tarea o tiene algún problema con el ordenador o con sus compañeros, entonces se tira al suelo llorando inconsolable o gritando, desesperado: “No puede ser”. En nuestras primeras sesiones rápidamente cuando no conseguía acomodar algún juego, por ejemplo, cerrar la caja en el primer intento o cuando había propuesto y algún movimiento de mi parte ocasionaba que, en sus palabras “el juego se desbalance” se tomaba la cabeza entre las manos y empezaba a gritar como un poseso, “No puede ser”. Mi palabra no tenía ningún efecto para calmarlo y no sabía qué hacer, suspendía la sesión invitándole a venir la próxima vez. Esto se repetía, así que la tercera vez que nos encontramos cuando a pesar de cambiar las reglas del juego cada vez que algo no salía como esperaba, nuevamente surgió “el desbalance” se tomó la cabeza entre las manos y empezó a zapatear, yo también me tomé la cabeza entre las manos pero un poco riendo y un poco subiendo la voz “no puede ser que te pongas así sólo porque no ganas”…M se quedó estupefacto, completamente desconcertado y luego empezó a reír. En las sesiones siguientes cada vez que iba a tomarse la cabeza por los mismos eventos, se interrumpía riéndose. En el colegio dijeron a sus padres que “ha hecho un gran esfuerzo y ahora ríe por lo que anteriormente se revolcaba en el suelo o no le concede la misma importancia”…Uno no sabe cómo intervenir, entonces interviene poniendo el pecho para quedar envuelto por la sorpresa de lo que a veces sucede después.

Referencias

1-J.A. Miller. Elucidación de Lacan, La imagen reina, Editorial Paidós, Bs As, 1998.

2-J. Lacan. Seminario 3, Editorial Paidós, Bs As, 1984.

3-J.A.Miller. El Ser y el Uno, lección 2, 2011, inédito.

4-J.A.Miller. Conferencias Porteñas, Las cárceles de lo imaginario, Paidós, Bs As.

5-J. Lacan. Seminario 24, lección 1, inédito.

6-J.A.Miller. El lugar y el lazo, Editorial Paidós, Argentina, 2013.

7-J.A.Miller. Piezas sueltas, La relación corporal, Paidós, Bs As, 2013.

8-G. Arenas. En busca de lo real, Gama Ediciones, Bs As, 2010.

A consistência do imaginário na clínica atual

O imaginário tem participação fundamental dando consistência na constituição subjetiva, mediante a operação de um aparelho que tem como função produzir gozo, como modelo identificatório y constitutivo do eu. O estado do espelho como aparelho que regula o gozo, permite-nos perceber que há um gozo que se apresenta anterior ao júbilo pela imagem que devolve o espelho, do corpo fragmentado, este júbilo é pela boa forma da imagem e há que distinguir do corpo que se goza por fora do espelho.

O júbilo do espelho e um segundo tempo, do corpo primeiro que se goza de si mesmo. Há que dizer que o estado do espelho e um limite imaginário ao gozo.

O estádio do espelho funciona como um operador visual, isolando a imagem, conferindo-lhe unidade visual e significante. Na clínica constatamos que a imagem é uma inevitável modalidade do fantasma. (1)

A tópica da imagem está articulada à lógica fálica, enquanto que a existência de um corpo encarna outros efeitos.

Daí que a nível da clínica se apresentem sintomas que não precisam ser decifrados, sintomas em relação direta a uma compactação com o corpo, nos que se inaugura um acontecimento de corpo mais não de palavra.

Um corpo sem imagem é uma condição traçada por Joyce, diferente ao corpo schreberiano, desbordado pela imagem narcisista.

Vai-se configurando então que a imagem especular é funcionalmente essencial no homem, em tanto lhe brinda o complemento ortopédico da insuficiência nativa, do desconcerto, ou desacordo constitutivo, vinculados ao estado prematuro do nascimento. Sua unificação nunca será completa porque se faz precisamente por uma via alienante, baixo a forma de uma imagem alheia, que constitui uma função psíquica original. A tensão agressiva desse, eu ou o outro, esta integrada absolutamente a todo tipo de funcionamento imaginário no homem.

O comportamento humano nunca se reduz pura e simplesmente à relação imaginária. A hiancia da relação imaginária exige algo que mantenha relação, função e distância.

O complexo de Edipo significa que a relação imaginária, incestuosa em si mesma, está destinada ao conflito e à ruína. Para que o ser humano possa estabelecer a relação mais natural, a do macho à fêmea, é necessário que intervenha um terceiro, que seja a imagem de algo conseguido, o modelo de uma harmonia. Faz falta uma lei, uma corrente, uma ordem simbólica, a intervenção da ordem da palavra, isto é do pai. A ordem que impede a colisão e o estalido da situação em seu conjunto.

A ordem simbólica deve ser concebida como algo superposto, e sem o qual não teria vida animal possível para esse sujeito estrambótico que é o homem. (2)

Em Lacan há um primeiro efeito do gozo que é imaginário, seu ponto de partida foi o estádio do espelho, não retinha do corpo mais que a forma imaginária, a imagem; portanto, uma vez mais, em seu escrito ao respeito de Schreber, em seus esquemas, o gozo vem a ficar qualificado de imaginário e se supõe destinado a obedecer com precisão à próxima deslocação do simbólico.

Mas há no ensino de Lacan, o redescobrimento do fato que o corpo tem um estatuto que não se esgota no imaginário, na forma, na visão do corpo. (3)

Lacan reúne no imaginário, o que estabelece como inventário do depósito de imagens prevalentes que jogam um papel para o sujeito, respeito das quais era comum supor que algumas delas resultassem inacessíveis à consciência.

Portanto o específico do fantasma é, neste ponto, uma conexão, uma interpenetração especial do simbólico e do imaginário.

A perspectiva tomada por Lacan permite-nos distinguir que uma e outra, se compõem de elementos que dependem de ordens diferentes. É importante poder distinguir o que nos pode revelar uma cura psicanalítica, entre o que releva de imaginário e o que reenvia ao simbólico. Mediante uma percepção treinada do fantasma distingue-se o que está presente do significante e o que está presente como tesouro imaginário. O faz tanto baixo a graduação do simbólico, a título de sujeito barrado, como baixo a graduação do imaginário, a do objeto a, escritura da qual Lacan se servirá ao longo de todo seu ensino, até chegar ao último trecho, momento no que liquida toda construção, incluídos esses elementos.

O sujeito barrado relevo do simbólico, foi construído por Lacan a partir da noção de negação: o construiu como vazia negação da substância e inclusive como negação do ser e por isso mesmo, a esse título, prometido a identificar-se. A diferença dele, o objeto a, encerra em seu parêntese todas as formas imaginárias que podem cativar o interesse do sujeito relativo ao desejo, desde sua própria imagem no espelho - uma sorte de encarnação de seu narcisismo- e a partir dela todo o que seja imagem. É preciso dizer que as fronteiras ao respeito são imprecisas, na medida em que vão tão longe como as daquilo que a filosofia clássica chamava representação.

Em sua acepção mais amplia o imaginário abarca todo quanto é representação.

O imaginário tem, efetivamente, a amplitude da representação. Não faltam argumentos para lembrar-lhe ao gozo um estatuto imaginário e precisamente a imagem do corpo- o corpo em tanto encontra seu suporte na representação- é a fonte principal, é o objeto de satisfação, de contemplação, objeto de uma extrema complacência onde se dá a conhecer precisamente que ali está o gozo.

Trata-se de algo que resulta perfeitamente claro quando Lacan aborda o caso Schreber; o gozo se desliga ali como imaginário. Schreber feminizado e rodeado de objetos supostamente femininos é uma ideia que constitui a fonte ativa da satisfação mais extrema para ele, que já se anunciou no fantasma sub uma forma muito pura: Que formoso seria ser uma mulher… A exaltação do belo está ali para sustentar a referência do gozo ao imaginário. Há que insistir que o gozo imaginário é exaltante, estético e permite mobilizar tudo quanto é obra de arte.

Ao final de seu ensino Lacan restitui sua dignidade ao imaginário, o nodo borromeo ilustra que os três registros são pares. Então, ao início está o imaginário e ao final tem repensado reformulado, o eu freudiano a partir da relação do sujeito, mais de um sujeito que é um indivíduo, que é um sujeito dentro de um corpo, há que dizer deste sujeito com a imagem especular.

O estádio do espelho ilustra os poderes da imagem, tanto da imagem de si mesmo como da imagem do outro.

O objeto a, antes de referir-se ao objeto a como real, designou em sua elaboração o objeto imaginário.

A teoria do estádio do espelho fundamenta-se em uma tese sobre a transformação do sujeito, sobre o que outros chamam mudança psíquica.

Esta tese formula que o que transforma ao sujeito é fundamentalmente a assunção de uma imagem, se trata de um tipo muito preciso de imagem, de uma forma que tem pregnância e a imagem no estádio do espelho é a forma do corpo, em nossa consideração teórica a partir de Lacan o corpo é uma forma. Não somente se trata da forma do corpo, senão de que o corpo como diferente do organismo não é um real biológico senão uma forma. Isso implicaria desde o início do ensino de Lacan que o corpo é imaginário. E finalmente, no último momento de seu ensino, formulará que o imaginário é o corpo. Mas isso já está preparado desde o estádio do espelho.

De tal maneira que dizer que o corpo é uma forma, que o corpo é imaginário, que o imaginário é o corpo, tem uma importância quanto ao gozo, o gozo é impensável sem corpo, somente a um corpo lhe está dado gozar ou não gozar.

Este gozo está localizado muito ao início em Schreber (1953), como gozo narcisista de sua imagem e antes, no texto de sua tese do estádio do espelho, em 1948 quando fala do júbilo do sujeito, isto é, do sujeito que se regozija de sua relação com a imagem especular.

O gozo em quanto associado ao corpo está vinculado ao imaginário, temos sempre presente que Freud descobriu o fantasma primeiro na dimensão do imaginário e encontramos na experiência analítica essa imagem inolvidável que não se podem apagar, essas imagens que parecem conter o gozo que o detêm que encarceram o gozo do sujeito, o imaginário e o gozo, que implica o gozo no imaginário. (4)

A passagem da imagem que se vê à imagem que vela pela entrada da palavra e a linguagem, fazem do imaginário algo que não pode ser visto, a partir de ali a imagem mostra para esconder.

Há então uma consistência imaginária como primeira envoltura do gozo, a captura do gozo perdido, mítico, passa pelo imaginário.

Ao final do ensino de Lacan, o imaginário retoma-se como corpo, já não é imagem como forma perceptível ou imagem velo, agora o imaginário consiste como corpo.

Dirá: “Dei-me conta que consistir queria dizer que tinha que falar de corpo, que há um corpo do imaginário, um corpo do simbólico, que é a língua, e um corpo do real do que não se sabe como sai, concerne a algo que estaria no interior da cada um, da cada um dos que fazem multidão e que, por este fato, creem ser uma unidade”. (5)

A partir disso, os três términos que enquadram a reflexão em seu último ensino, é a do buraco, a existência, e a consistência, que são assignados de maneira diferencial a cada um dos círculos de corda do nodo borromeo ao mesmo tempo em que está presente a cada círculo uma vez decomposto o nodo em seus três elementos. O buraco caracteriza exclusivamente ao simbólico, a existência é o rasgo do real e na consistência reconhecemos o imaginário. (6)

No seminário 23, elege a consistência como o oposto à função do sujeito barrado, que é uma função variável em essência, a consistência mínima no nodo borromeo não é o nodo mesmo, a consistência mínima está em nível do que ele chama o elemento corda à simples corda. Aqui encontramos o UNO. O UNO que até esse momento Lacan tinha encontrado no significante, aparece no elemento corda, de tal sorte que o nodo já parece ser uma construção com respeito a esse elemento.

Então, desde esta perspectiva o que deduz como consistência de um ser que não é sujeito senão parletre é o corpo.

Do corpo Lacan diz entre outras coisas que é a única consistência do parletre, é o que o mantém unido. Isto significa que o simbólico não dá ao parletre manter-se unido na medida em que, conquanto o simbólico se mantenha unido como estrutura, não mantém unida ao parletre. Esta consistência é imaginária, sem dúvida, e aqui podem ser retomados os fatos de observação e de dedução concernentes ao estádio do espelho.

A consistência agora se baseia em uma relação do parletre com seu corpo. A relação que Lacan perdeu a nível sexual, reaparece no nível corporal.

Joyce serve de exemplo de um “há uma relação corporal”, e do “ter um corpo, sem ter imagem”.

Do sinthome de Joyce desprendem-se duas teses:

A adoração do corpo próprio, referida à mentalidade.

O pensamento pelo contrário entranha uma referência ao ato sexual, isto significa que o pensamento introduz a adoração do outro corpo.

Lacan isola como primária a relação do parletre com seu corpo próprio, aí está implicado o imaginário, e depois estabelece a distinção entre essa relação primária e a relação com o corpo outro, na que há pensamento, sentido e referência à relação sexual. (7)

Quando o Outro não existe, há do UNO, isso implica uma mudança de axiomática que radicaliza o estatuto do gozo como experiência do corpo (o UNO) Agora o corpo é algo que se goza, e esse gozo não é como o objeto a, isto é, produto da articulação significante, que depende da existência do Outro.

Por outro lado a separação entre sintoma e inconsciente que Lacan introduz em RSI indica que o sintoma consiste selvagemente o UNO por meio de uma letra, esta escritura é selvagem porque não está determinada pelo significante. Se o significante amo comemora uma irrupção de gozo, entre ele e a letra escrita pelo sintoma, não existe relação universal não necessária, senão ensamble universal e contingente. Uma vez conformado o sintoma deste modo, o mesmo não cessa de escrever-se, e assim o inicialmente contingente torna-se necessário.

Por outro lado, o estatuto do sintoma entendido como acontecimento do corpo significa muito mais que a mera constatação de que não há sintoma sem corpo. Ao ser acontecimento, o sintoma define-se como um real contingente e singular, dado que não há acontecimento que seja necessário nem universal. Ademais, o corpo, que é a sede deste acontecimento, não só deve ser gozável, senão também capaz de receber como letra a marca escrita selvagemente pelo sintoma. Este corpo é, por tanto, literável. Estes dois neologismos, gozável e literável, assinalam as notas principais do novo estatuto do corpo, dependente da definição do sintoma como acontecimento real, contingente e singular.

No nível da clínica no sintoma encontramos a relação entre um significante e a letra que o escreve, o único modo de mudar algo no sintoma consiste em comover dita relação, isto é, conseguir que esse significante se escreva de outro modo, ou bem o rompê-lo, põe ao equívoco como arma contra o sintoma, na medida que o equívoco é a incidência fragmentadora que sobre o significante exerce a função da letra, fazendo ressoar no corpo o equívoco.

É preciso então que o corpo tenha um novo estatuto para que o equívoco consone e ressoe, é preciso que o corpo seja sensível a isso e isto só é possível se o corpo em questão é gozável e literável.

Desacoplar sintoma e inconsciente indica que o sintoma ex-siste ao inconsciente, ex-sistência significa precisamente desacoplamento. Deste modo o sintoma escreve o UNO na carne, incessante e selvagemente, assim toca, mediante a letra, o real. (8)

Acostuma ocorrer que na clínica analítica podemos ouvir algo disso.

Stela, mulher de 36 anos, tem estado em consulta para perto de 8 anos, tempo que lhe permitiu ir levantando as finas camadas do puerro, não sem pôr o corpo como instrumento de batalha, a alusão à metáfora alimentar não é gratuita, o tempo requerido para propor e bordear um segredo paterno, leva-a a encarnar uma figura visivelmente volumosa, constituindo uma queixa permanente dela à analista e do esposo a ela.

O trabalho analítico o faz produzir uma frase onírica pronunciada pela mãe, já morta faz alguns anos: “jamais te perdoarei”. Ante a pergunta da analista, ¿quem diz isso? Introduz-se a condição do estrago materno, impossível de elaborar e que se evade com uma gravidez, gravidez que não chega a termo, apresenta-se após um tempo para mostrar as fotos do que ia ser o bebê, capturadas em seu Blackberry. Uma intervenção que cobre o écran e convida a falar, traz como efeito a instalação de um período de fibromialgias, dores intensas por todo o corpo, medicações frustradas, relatórios de múltiplos exames e outro diagnóstico, “lupus” ao que se responde ¡¿loba?!

Ausência e volta. Dirá, ¿será que não queria ter o bebe?...

A vida desta mulher está subida em inúmeros quadros fotográficos, aos que dedica grande parte de seu tempo, armados preciosamente em um setor de sua casa acompanhando com a expressão, uma imagem vale mais que mil palavras.

Exercício que permite criar e recrear ao pai que não esteve, à mãe que não está, esquecendo o que de mulher pode ter nela.

Uma segunda vinheta dá conta como intervém o corpo do analista, quem não só paga com esse julgamento íntimo ao que se refere Lacan em “A direção da cura e os princípios de seu poder”, para julgar em que casos intervêm contra o sintoma e em outros em silêncio e com respeito, elege deixar intacta a solução de quem acuda.

Assim, na primeira entreviste M, diz: Frustra-me que as coisas não saiam como eu quero, que meus amigos não joguem o que eu quero, que não me obedeçam. Segundo seus pais não suporta o imprevisto, lhe custa muito trabalho conciliar o sonho, para o que pai e mãe se tornam noite traz noite em relevos até que consegue se dormir. No colégio os maestros não sabem que fazer quando se se erram numa tareia ou tem algum problema com o computador ou com seus colegas, então se atira ao chão chorando inconsolável ou gritando, desesperado: “Não pode ser”. Em nossas primeiras sessões rapidamente quando não conseguia acomodar algum jogo, por exemplo, fechar a caixa na primeira tentativa ou quando tinha proposto e algum movimento de minha parte ocasionava que, em suas palavras “o jogo se desbalance” tomava-se a cabeça entre as mãos e começava a gritar como um possesso. “Não pode ser”. Minha palavra não tinha nenhum efeito para acalmá-lo e não sabia que fazer, suspendia a sessão convidando-lhe a vir a próxima vez. Isto se repetia, de modo que a terceira vez que nos encontramos quando apesar de mudar as regras do jogo a cada vez que algo não saía como esperava, novamente surgiu “o desbalance” tomou-se a cabeça entre as mãos e começou a sapatear, eu também me tomei a cabeça entre as mãos mas um pouco rindo e um pouco subindo a voz “não pode ser que se ponha assim só porque não ganhas”…M ficou estupefato, completamente desconcertado e depois começou a rir. Nas sessões seguintes a cada vez que ia tomar a cabeça pelos mesmos eventos, se interrompia rindo-se. No colégio disseram a seus pais que “tem feito um grande esforço e agora ri pelo que anteriormente se revolcava no chão ou não lhe concede a mesma importância”... Não se sabe como intervir, então intervém pondo o peito para ficar envolvido pela surpresa do que às vezes sucede depois. \*

Mayra de Hanze

\*Traductor: Antonio Marques Cassagne